

La España que tanto quisimos

**Víctor
Gómez Pin**

Cuándo y por qué se quebró
el sentimiento de arraigo
de los españoles

arpa

LA ESPAÑA QUE TANTO QUISIMOS

© del texto: Víctor Gómez Pin, 2022

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Este libro ha sido negociado a través de Silvia Bastos Agencia Literaria

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-18741-56-2

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de cubierta: © Ramon Masats, VEGAP, Barcelona, 2022

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Víctor Gómez Pin
LA ESPAÑA
QUE TANTO QUISIMOS

arpa

SUMARIO

PRELIMINAR

PRÓLOGO: «ARRANCAR LA PIEL AL SOL»

1. España en efigie
2. Riqueza lingüística y guerra de lenguas
3. Una herida abierta
4. Iberia y la blanca piel de Europa
5. El pensamiento en España: entre la intolerancia propia y el prejuicio ajeno
6. Cristalización del debate en torno a un rito

EPÍLOGO: «ASÍ OCURRE EN TU TIERRA...»

POST SCRIPTUM. «ADONDE VAYA USTED»

NOTAS

«Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte».
En el recuerdo, el eco a intervalos de *Villanesca*

PRELIMINAR

Hace casi una vida que tengo en la cabeza la idea de efectuar una reflexión sobre España, aunque por diversas razones el proyecto se ha ido difiriendo una y otra vez. Me remonto en efecto a mediados de los años sesenta del pasado siglo, cuando París era para tantas personas del mundo una ciudad faro, y la idea se abrió camino tras la visión repetida de una película cuya acción transcurría en cierto lugar de Italia. En aquel París en el que nadie presagiaba la eclosión que supondría el llamado Mayo del 68, muchos inmigrantes, exiliados, estudiantes o meros parisinos con escasos recursos en busca de un refugio cultural, que lo fuera a la vez contra el frío, teníamos un lugar de referencia en la cinemateca de la rue d'Ulm que, contra viento y marea, mantenía el precio fijo y prácticamente simbólico de un franco y un céntimo. Algunas películas eran de obligada reposición. Entre ellas, una de título misterioso que narraba las peripecias de una familia de pescadores en la costa oriental de Sicilia, en el pequeño pueblo de Aci Trezza, no lejos de Catania y a la sombra del Etna¹.

Desde las primeras imágenes, fuimos seducidos por aquel universo elemental, a tono con el blanco y negro, malos que lo eran con carácter irreversible y víctimas carentes de toda culpa. Fuera cual fuera nuestro lugar de origen, nos reconocíamos en aquella historia del Mezzogiorno protagonizada por los propios habitantes de Aci Trezza, que se expresaban en lengua siciliana. La historia llegaba a nosotros a través de la mirada de un milanés privilegiado que había recurrido a su fortuna personal para evitar que el rodaje fuese interrumpido.

Nos conmovía la sobria parábola sobre la condición humana, la obligada confrontación a la naturaleza y la distorsión del sentido de este combate, mediatizado por la jerarquía entre los hombres y su corolario de humillación social. Nos conmovía la visión lúcida y solidaria con la Italia meridional de un milanés cargado de sensibilidad social, y nos afectaba de lleno la contradicción interna de aquel Aci Trezza en el que el vínculo horizontal entre las gentes no se dejaba reducir al vínculo vertical que se establece con los representantes de las instituciones, los poderes económicos o los meros capataces de un sistema caciquil.

En el momento álgido del drama, cuando la ignominia de los especuladores de la lonja y la pérdida de la barca que aseguraba la subsistencia parecían no ofrecer al protagonista, el pescador Valasto, otra salida que la emigración, se vislumbra como alternativa el *plantar cara*, intentar modificar la relación de fuerzas entre los defensores de intereses confrontados.

Pero Visconti había percibido con gran agudeza, de manera inteligente y sutil, que la apuesta política legítima pasaba por abolir la jerarquía social imperante sin por ello cuestionar la atmósfera que envolvía aquella comunidad de pescadores, alimentando así en los espectadores la nostalgia de algo que quizá nunca existió, un lugar que aunase arraigo profundo y libertad.

La rebeldía del protagonista de *La tierra tiembla* apelaba a una transformación social del Mezzogiorno italiano, que también el norte esperaba: un norte entonces consciente no solo de la *situación* del sur, sino también de las *razones* del sur. Pues, todavía lejanos los años de nihilismo político de la supremacista Liga Norte, en el Torino del ya entonces desaparecido Cesare Pavese, al igual que en el Milán de los trabajadores que fustigaban en su lengua vernácula la ingratitud social de la burguesía industrial, Mezzogiorno no era sinónimo de cultura de la indigencia, sino de civilización *a pesar de* la indigencia: estoica ante la penuria, peroalzada contra el mal gratuito; civilización que, cuando la indigencia fuera abolida, desplegaría todo su potencial esplendor.

A la vez que la situación de las poblaciones del sur se analizaba en términos de condiciones sociales (por Visconti y tantos otros), el desarrollo económico y cultural de las sociedades del norte — moldeadas por valores urbanos y por la generalización de la educación — se veía indisociable de la durísima lucha de los que habían contribuido al mismo, incluidos los trabajadores del Mezzogiorno que, a caballo entre dos mundos, encarnaban la unidad de lo que se denominaba Italia.

Gentes del Mezzogiorno, cuyo sueño de progreso y cuya frustración el propio Visconti reflejaría de manera ejemplar en los miembros de la familia de *Rocco y sus hermanos*², que pugnaban por abrirse camino en la capital lombarda, y que a los barceloneses podría evocarnos una imagen punzante: la de aquellos inmigrantes de la España rural que durante el llamado Plan de estabilización, y la consiguiente crisis, eran recibidos en la estación de Francia por la Guardia Civil, que ese mismo día les brindaba un billete de vuelta al anochecer y en el mismo tren que los había traído. Trenes de nombre exótico, *El Shangai* (Vigo, Ponferrada, Astorga, Zaragoza, Lérida, Barcelona...) o descriptivo del lugar de origen, *El Sevillano* (Sevilla, Alcázar de San Juan, Valencia, Tarragona, Barcelona).

Los españoles que veíamos *Rocco y sus hermanos* y *La tierra tiembla* no podíamos sino reconocernos en esa mirada trágica y conmovida de Visconti sobre Italia. Pues también nuestro país, en términos generales, lo formaban sociedades rurales que tenían su contrapunto en las zonas fabriles del norte. También en España los condenados a emigrar guardaban el rescoldo de profundas culturas que la niebla sobre ellos no había conseguido apagar, pese a ser más densa que la que enturbiaba Aci Trezza, Sicilia y en general el sur del país, donde la irradiación de la pura rapiña del débil que el fascismo representaba Italia ya había dejado atrás.

La memoria reflexiva sobre España que este libro intenta ser no es disociable de ese París de inviernos entonces persistentes ni del sentimiento de desarraigo de muchos de los que frecuentábamos la

cinemateca de la rue d'Ulm. Sentimiento que tenía un paradójico rasgo, al que aludía al principio y que los párrafos que preceden espero ayuden a entender.

Situados políticamente en la izquierda, nuestra denuncia de una Europa en exceso fiel al rigor de la sociedad industrial capitalista tenía, sin embargo, una connotación sentimental regresiva, un deseo de que esa transformación social, hilo conductor de nuestras referencias políticas, no pusiera en tela de juicio algunas formas de vida que perduraban de manera anacrónica, pero que sentíamos como el reflejo de aquello de verdad civilizado que se daba en nosotros.

«De todo me arrancaron», escribe Luis Cernuda refiriéndose a su exilio de España debido al triunfo franquista. La España que arrancaron a Cernuda era aquella que tantos durante la República consideraron que seguía siendo una riqueza potencial del alma popular, y por tanto restituible. La de ese teatro que García Lorca intentaba devolver a la gente de los pueblos; la que, vencida «la pobreza sórdida y hambrienta», asumiría «la pobreza bienaventurada, simple, humilde como el pan moreno³»; la que Shostakóvich entrevió en su conmovedor arreglo de las «Seis canciones populares» españolas; la España en esencia comunitaria, que sabe que no hay fertilidad en solar aislado, ni riqueza sin celebración. Sin duda, en España, como entre los pescadores de Aci Trezza, existía la tentación de la ruptura que todo lo abisma, pero la lucidez y la sensibilidad de Visconti nos hacía percibir que ahí se escondía quizás el mayor peligro. Los espectadores queríamos que la relación de fuerzas transformara la situación económica y política de Aci Trezza, que diera un vuelco, pero sobre todo queríamos que Aci Trezza perdurara.

PRÓLOGO
«ARRANCAR LA PIEL AL SOL»

En las páginas que siguen, algunas reflexiones podrán ser juzgadas por su mayor o menor objetividad. No obstante, he de precisar que los hechos en los que se apoya la trama no son resultado de ninguna investigación. Todos los elementos de información están a disposición de cualquier lector habituado a la consulta bibliográfica, o con agilidad para desenvolverse en los meandros de internet. El cúmulo de informaciones sobre hechos en general bien conocidos es simplemente interpretado, filtrado por la lente de la vivencia subjetiva, lo que acarreará de manera inevitable alguna deformación.

No cabe referirse a esa España que tengo en mente —para la que aún busco un concepto que la designe con propiedad— como cabe referirse, por ejemplo, a Francia, es decir, a una entidad política que las circunstancias han moldeado en una imagen estable: esa Francia que, durante la última guerra, todos los franceses, tanto los que permanecieron en el país como los que habían seguido a Londres al general De Gaulle, sentían como ocupada, pero configurada; una Francia digamos *en acto*.

La España que tanto quisimos no se corresponde con una entidad cultural y políticamente bien trabada que se trataría de recuperar. Quizá nunca existió esa España, si por *existir* se entiende un proyecto al que la trama de la historia habría dado forma acabada. En nuestro país, lo que en determinado momento pareció tomar cuerpo, o bien fue rápidamente diferido o bien fue deformado, caricaturizado y recuperado por actores inicuos.

Pero tampoco se trata de una construcción solo imaginaria. Evoco un doble vínculo con una España que ni idealizo ni doy por perdida:

por un lado, el vínculo que, en los años sesenta y setenta del pasado siglo, mantenían personas (emigrantes por razones políticas, económicas, personales, o por todo a la vez) para quienes España estaba presente solo como ausencia, un recuerdo a veces hiriente como hierro candente que no logra cauterizar la herida; por otro lado, la España de aquellos que, viviendo en ella y conscientes de sus múltiples fallas, sabían que era necesario asumir esa realidad resquebrajada para intentar recomponerla.

Se trata pues, en parte, de una España contemplada desde la distancia, y de la que muchas personas evocadas en el libro han sentido como una carencia en sus vidas. Carencia, en muchos casos, fuente de una disposición positiva, confirmando la intuición de que sobre todo la pérdida de las raíces puede hacer sentir más que ninguna otra cosa la importancia del arraigo. Pero la reflexión parte asimismo de vivencias directas de la realidad española, en lugares tan significativos como el País Vasco de los años ochenta o la Cataluña de los años sesenta, en la que los inmigrantes sufrían el doble oprobio de ser utilizados por el Régimen para entorpecer las tentativas de recuperación de la cultura y la lengua catalanas, y a la vez ser víctimas de la marginación que en las sociedades industriales de toda Europa sufrían los llegados de regiones campesinas.

Desde fuera, pero también a través de ella, se fragua la imagen de España que quiero transmitir: revisando la que poetas vascos, gallegos y catalanes creyeron abrazar, pero que también deploraron; hurgando en la opuesta imagen de Castilla que nos presentan Azorín y Rosalía de Castro; evocando las peripecias de los viajeros de los trenes con destino a Barcelona; subrayando el peso de la quiebra que supuso no reconocer la pluralidad de lenguas y culturas, y señalando las tentativas de sutura, que hoy vemos en gran medida fallidas. Mi abordaje del asunto será a la fuerza subjetivo, pero marcado por el esfuerzo de evitar apriorismos, sobre todo por no situarme del lado bueno a precio nulo, es decir, no eludir posicionamientos ante lo que encierra contradicción, esa contradicción que se cierne sobre toda

actividad humana y que condujo a esa «lucha de lenguas en la Península Ibérica», de la que se ocupó hace décadas el lingüista Manuel Tovar. Lucha de lenguas, pero también lucha de intereses económicos entre zonas de España, que a veces se añade al conflicto entre clases sociales en el seno de un territorio, y lo diluye o tergiversa. Asimismo, lucha en torno a identidades y en torno a ritos, de la que la tremenda polémica sobre la tauromaquia es un ejemplo paradigmático. En muchas ocasiones, estos conflictos no permiten la reacción del mero desapego, el «ni con este, ni con el otro», sino que exigen ahondar en la verdad, ya sea parcial, del uno y del otro; discernir esta verdad polarizada de sus múltiples disfraces; las múltiples falacias con las que, a veces, los que se erigen en representantes de cada bando envuelven y distorsionan lo que está en juego, llegando a sacar partido de la tensión e instrumentalizando a quienes la sufren en su carne. En cierto capítulo del libro me refiero a que, en el entorno político de mi vida en París, «España» era «una palabra que había que liberar», no una que hubiera que repudiar. Pues se trataba en efecto de rescatar una palabra. Soltar el lastre que suponía su vinculación con rasgos estereotipados de casticismo, fanfarronería, cerrazón y sectarismo; superar la injusticia consistente en considerar tales rasgos como inherentes a una parte esencial de la cultura y tradición de los pueblos de España; reivindicar para España el proyecto ilustrado sin el precio de tener que renunciar a una parte importante de nuestro registro cultural y etnológico.

Las páginas de este libro están animadas por la nostalgia de una idea de país que es de hecho nostalgia de un combate quizá fallido: combate por una España que, precisamente por indómita, aunara la defensa inquebrantable de los valores que dieron vida a los proyectos de emancipación de la humanidad, la defensa de su variedad cultural y lingüística y la asunción de un legado ibérico común; legado diverso y hasta fruto de oposiciones y luchas, y por ello *común*, hasta el punto de constituir un caso específico en el contexto europeo.

Diluido este estado de espíritu (motor, desde luego, en el febril pero fértil designio que animaba a la República), hoy en nuestro país los proyectos redentoristas son psicológicamente vividos como una exigencia de ruptura con la idea misma de España. En Cataluña o el País Vasco, por razones conocidas, vinculadas no solo a históricos agravios culturales y lingüísticos. En la izquierda española, por una suerte de ascesis que empuja a despojarse de una parte de sí mismo «como un niño deshoja una rosa», según la expresión de Simone Weil. Para Weil, la universalidad ha de ser compatible con el arraigo en una lengua, un paisaje o una atmósfera espiritual, pero también con el arraigo en una historia, incluida su parte dolorosa, que la memoria conserva, pues «la pérdida del pasado, colectivo o individual, es la gran tragedia humana».

A pesar de su marginación y su quiebra interna, incluso en los años sombríos de un franquismo solidificado, persistía en España el rescoldo de una suerte de disposición de espíritu afirmativa y festiva, por la que Albert Camus caracterizaba la civilización⁴, viendo en ella el cimiento que permite asumir los aspectos trágicos de la condición humana. Y en efecto, la España que evoco es una síntesis contradictoria de penuria y de promesa, o mejor dicho, de promesa en la penuria: penuria más que material y que nos llegó hasta las entrañas; promesa, porque desde esas entrañas nos apelaba a redimirnos de ella misma, transformándola.

Me refiero en muchas páginas de este libro al fondo de un pueblo rico en expresiones culturales, luminoso en sus celebraciones y cuya historia (a menudo lamentable, pero a veces solo trágica) no tiene ni más ni menos condimentos sombríos que la de otros pueblos que son emblema de Europa y a los que intentamos emular.

Pero bien sabemos que viene de antiguo la existencia de españoles que se complacen en jerarquizar nuestras lenguas, en teñir de vacuidad castiza rasgos culturales profundos, en lanzar una suerte de mal de ojo cada vez que nuestro país se abre a un proyecto fértil de vida en común. Mas, debido a ello, es casi una dejación de responsabilidades

resignarse a que solo ellos hablen en nombre de nuestro país. Pues tal deserción deja desamparados a millones de personas que querrían hacer compatible su fidelidad a proyectos universales de emancipación (empezando por los que el franquismo abortó con brutalidad) con una España en la que se reconocen, y con aspectos de ella que en puridad sienten constitutivos de su identidad.

Reflexionar pues, sin medias tintas, sobre el sustrato del obsesivo problema de la compatibilidad o incompatibilidad entre las comunidades de nuestro país —problema que tantas veces cristaliza en un conflicto lingüístico— es uno de los objetivos de este libro. Pero en sus páginas también trato de sumergirme en otros laberintos, tal como la herida secular que supuso la expulsión de las comunidades islámica y hebrea, que en tantos aspectos destacaban en la vida española. Guiado acaso por mi condición de profesor de filosofía, me detengo a considerar cómo la expulsión de los judíos ha llegado a marcar el destino y la recepción del pensamiento español, desde los erasmistas del siglo XVI hasta Ortega y Gasset, pasando por los grandes nombres de la llamada «Segunda Escolástica», e incluyendo figuras y personalidades de enorme relevancia pero inmersas todavía hoy en esa calima que, con origen dentro y fuera de España, oscurece tantos aspectos de nuestra historia y nuestra vida espiritual.

No rehúyo tampoco en estas páginas lo que supuso para España la aventura de ultramar, así como ciertos intentos por desligar nuestro presente de ese tiempo pasado. Soy de los que entienden que, debido a que compartimos la lengua castellana, nuestro país puede ser visto como una suerte de provincia europea de esa América hispana forjada a partir de tremendos acontecimientos históricos que debemos asumir de una vez por todas, a uno y otro lado del Atlántico. La exigencia de alcanzar una sociedad en la que cada persona pueda reconocerse representante de la humanidad entera pasa por abolir aquello que, aquí y ahora, lo impide; no pasa por el rechazo nominal a un pasado (en nuestro caso, la aventura americana) sin el cual no estaríamos aquí para imponernos semejante exigencia moral. La lucidez sobre lo que

supuso la llegada a las costas americanas de tripulaciones por entero masculinas, su inmersión en un continente desconocido de hombres marcados por el miedo, la ambición, la nostalgia, las fiebres y el deseo, todo el dolor y la sangre que ello acarreó, no puede llevarnos a repudiar el hecho de que en ese «nuevo mundo» emergiera una cultura de matriz lingüística *latina*. Para quien está marcado a fuego por unos hechos, la asunción plena de los mismos es la única vía para una auténtica conciliación subjetiva.

Volcarse sobre momentos del pasado para juzgarlos por su compatibilidad o incompatibilidad con criterios de moralidad en los que a priori habría de basarse *todo* lazo entre hombres, pueblos y culturas, es atenerse a una mirada abstracta, una mirada que evita considerar las circunstancias que han determinado, sin excepción, la emergencia y el devenir de las civilizaciones.

*

¿Qué España, pues, quisimos y, aun sintiéndola inviable, no hemos dejado de querer? Pues aquella que quiso Miguel Hernández, entre tantos otros, y por la que habría seguido luchando si no le hubieran arrancado la vida aquellos que no pudieron doblegarle el alma.

Invocar el nombre de Miguel Hernández tiene una connotación militante. Cabe suponer cuál sería el marco político al que el poeta se adscribiría si siguiera entre nosotros, acaso no sin cierto desgarró. Como en tantos otros casos, el ideario de dignificación del pueblo español que movía a Miguel Hernández conjugaba con cierta percepción de la vida popular española, la rica diversidad de su fondo cultural, los rituales que marcaban el día a día y las modalidades de celebración en la excepción festiva, a las que hoy sus previsibles compañeros de militancia son a veces indiferentes, cuando no refractarios. Se preguntaría sin acritud por las razones de esa contradicción y por la capacidad para soportar la tensión que supone, en lugar de ser víctima de ella.

A lo largo de estas páginas aparece de manera intermitente una España que mantiene su dignidad en la privación y un espíritu de resistencia ante la sinrazón autoritaria; una España afirmativa y capaz de celebración, que explica la nostalgia de aquellos que la abandonaron a la fuerza: esa «hermosura de pueblo» que, advertía Miguel Hernández, «a desollar vivo vienen lobos y águilas», aunque fuese con tan vano propósito como el de «arrancar la piel al sol».

Pero limitarse a la «hermosura de pueblo» que conmueve al gran poeta, un país marcado por el infortunio, pero también por la firmeza de espíritu de sus habitantes y la rica diversidad de su fondo cultural, sería en sentido estricto abstracto y arbitrario. La representación concreta de esa España «que quisimos» tiene muy presente una indignancia moral de la que, en el túnel franquista —y aún después— fueron cómplices tantos españoles, sea por sentirse favorecidos por el Régimen, sea por llana cobardía, sea por mera estulticia, o en más de un caso por todo a la vez.

¡Tremendo contraste! De un lado, la España de la pintura blanca que, repuesta cada año en las casas de tantos campos y pueblos humildes, convertía a los campesinos de Andalucía o del Levante en émulos de ese pastor de Alfred de Vigny que blanqueaba su casa ante la impasible indiferencia del universo; como contrapunto, una España en la que perduraban las desoladoras imágenes de Buñuel, tierras no ya sin pan, sino sin agua canalizada. Esas aldeas, y hasta ciudades, donde los niños jugaban a orillas de un riachuelo contaminado de aguas menores y mayores, de tal manera que para los oriundos menos afortunados la higiene pública solo estaba asegurada si se llegaba a ser vecino de una de esas «colonias» o pueblo-scolonia que el propio Régimen, por un lado, y la burguesía textil catalana, por otro, iban en mutua correspondencia construyendo en la España interior y a orillas del Ter o del Oñar. Una España donde perduraban atmósferas y paisajes que guardaban memoria de acontecimientos que daban lugar a celebraciones populares sin comparación en la Europa de la época, y en cuyas villas y ciudades, al anochecer, incluso en invierno, mantenía

la animación de los paseos y la hospitalidad de sus cafés y tabernas. Pero también la España de viajeros de comercio habituados a conciliar el sueño mientras eran torturados por chinches en camas de fondas grasientas. Las mismas ciudades en las que los serenos nocturnos ofrecían habitación al viajero en busca de alojamiento, atentos a tomar buena nota de cualquier rasgo sospechoso en él.

Tremenda, mísera, esta segunda España —de la que soy hijo—, por la cual era inevitable afligirse e imprescindible sobreponerse, evitar que la vergüenza nos paralizara, que impidiera la reflexión sobre la misma penuria, y en cuyo seno, pese a todo, algunos quisimos entrever un rescoldo de espíritu y riqueza.

Quisimos a España en esa eterna tensión de entereza frente a ignominia y miseria que marca el destino de pueblos y personas. Frente a la España del lamento lúcido de Cernuda, la España de César Vallejo, privada de «lo que el espíritu del hombre ganó para el espíritu del hombre a través de los siglos». La España que, de caer, los niños habrían de luchar por reencontrarla: «¡salid, niños del mundo; id a buscarla!».

ESPAÑA EN EFIGIE

EN EL BARCO DE NERUDA

Era un hermoso barco viejo, con esa dignidad que dan los siete mares a lo largo del tiempo. Lo cierto es que nunca llevó aquel barco más de setenta u ochenta personas a bordo. Lo demás fue cacao, copra, sacos de café y de arroz. Ahora le estaba destinado un cargamento más importante: la esperanza.

Ante mi vista, bajo mi dirección, el navío debía llenarse con dos mil hombres y mujeres. Venían de campos de concentración, de inhóspitas regiones, del desierto, del África. Venían de la angustia, de la derrota y este barco debía llenarse con ellos para traerlos a las costas de Chile, a mi propio mundo que los acogía. Eran los combatientes españoles que cruzaron la frontera de Francia hacia un exilio que dura más de treinta años.

La guerra civil —e incivil— de España agonizaba en esta forma: con gentes semiprisioneras, acumuladas por aquí y por allá, metidas en fortalezas, hacinadas, durmiendo en el suelo sobre la arena. El éxodo rompió el corazón del máximo poeta Don Antonio Machado. Apenas cruzó la frontera se terminó su vida. Todavía con restos de sus uniformes, soldados de la República llevaron su ataúd al cementerio de Colliure. Allí sigue enterrado aquel andaluz que cantó como nadie los campos de Castilla [...] Necesitábamos especialistas. El mar chileno me había pedido pescadores. Las minas me pedían ingenieros, los campos tractoristas. Los primeros motores diésel me habían encargado mecánicos de precisión.

Recoger a estos seres desperdigados, escogerlos en los más remotos campamentos y llevarlos hasta aquel día azul, frente al mar de Francia, donde suavemente se mecía el barco Winnipeg fue cosa grave, fue asunto enredado, fue trabajo de devoción y desesperación⁵.

Este texto de Pablo Neruda sirvió, hace años, de hilo conductor a una exposición en las cocheras del Palau Robert de Barcelona, en la que se evocaban las dificultades para conseguir que la nave *Winnipeg* tomara rumbo a América. La desesperación del poeta (por entonces cónsul especial para la inmigración de España en París) a la que se refiere el texto se debía a que, con los pasajeros ya a bordo, Neruda

recibe la orden de sus superiores de renunciar a la travesía. Sin embargo, por la terquedad del escritor, y al coste de una crisis gubernamental en Santiago, el viejo barco «cargado con dos mil republicanos que cantaban y lloraban, levó anclas y enderezó rumbo a Valparaíso».

Neruda pone de relieve su convencimiento de que insertar a esas personas supondría para su país una riqueza a la vez material y moral. Riqueza moral, dada la entereza de aquellas gentes al no doblegarse a una fuerza que (fueran cuales fueran las motivaciones subjetivas conscientes de los movilizados en el bando «nacional») tenía como objetiva finalidad mantener las estructuras sociales que garantizaban el expolio de los españoles pertenecientes a las clases desfavorecidas. En cuanto a la preocupación de Neruda por asegurarse de que aquel acto de solidaridad supusiera también una riqueza material para Chile, el propio escritor nos recuerda que, no habiendo plaza para todos, el principal criterio en el duro momento de elegir entre los aspirantes al viaje eran los oficios. Vale la pena reproducir el siguiente fragmento:

Sucede que se presentó ante mí un castellano, paleta de blusa negra (hombre maduro, de arrugas profundísimas en el rostro quemado), con su mujer y sus siete hijos.

Al examinar la tarjeta con sus datos le pregunté, sorprendido:

—¿Usted es trabajador del corcho?

—Sí señor, me contestó severamente.

—Hay aquí una pequeña equivocación —le repliqué—. En Chile no hay alcornoques. ¿Qué haría usted por allá?

—Pues los habrá, me respondió el campesino.

—Suba al barco, le dije, usted es de los hombres que necesitamos.

Y él, con el mismo orgullo de su respuesta y seguido de sus siete hijos, comenzó a subir las escaleras del barco *Winnipeg*. Mucho después quedó probada la razón de aquel español inquebrantable: hubo alcornoques y, por lo tanto, ahora hay corcho en Chile⁶.

MATAR LA LUZ DE ESPAÑA

Muchos de los embarcados con la ayuda de Neruda en el *Winnipeg* habían sido rescatados de campos de reclusión o de confinamiento en el África francesa. Para estas personas, Francia no había sido la tan

cacareada *terre d'accueil*; de modo que la América hispana sí era para ellos una promesa. En 1938, un año antes de los acontecimientos del *Winnipeg*, Neruda había descrito la misma situación anímica, pero en relación a un poeta, su admirado César Vallejo: «Ya en tus últimos tiempos, hermano, tu cuerpo, tu alma te pedían tierra americana, pero la hoguera de España te retenía en Francia, en donde nadie fue más extranjero».

La oficina que gestionaba Neruda en París respondía a las siglas SERE (Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles; las mismas siglas en francés), y la dirección oficial era la del Comité Central del Partido Comunista francés. Desde esta sede, Neruda no solo gestionó la partida hacia Chile del *Winnipeg*. En Chile residía una numerosa colonia catalana que, como las de gallegos o vascos, tenía una importante sede social, denominada Casal de Catalunya. Entre esta institución y el propio SERE se llegó a un acuerdo para gestionar el viaje de diez pasajeros que embarcarían desde el puerto de Marsella en el buque *Florida*. Entre ellos figuraba el poeta catalán Joan Oliver, conocido literariamente como Pere Quart. En su *Troç de paper*⁷, el poeta rememora así aquella travesía:

Habíamos zarpado de Marsella un día de diciembre de 1939. Huíamos de Francia y de Europa, y de una nueva guerra que había estallado con sordina dos meses antes. Los últimos tiempos, tras salir a empujones de Cataluña, los habíamos pasado en París o en pueblecitos franceses del Norte, y demasiado bien sabíamos lo que pensaban de aquella guerra los ciudadanos de la dulce Francia. Se diría que el pueblo, los «hijos de la patria» no tenían mucha gana de empuñar las armas, ni siquiera contra los boches. El desesperado y cínico eslogan «¡Viva la paz vergonzosa!» aún no había sido proferido, pero se respiraba en todos lados.

Los más optimistas —los ingenuos— depositaban una fe a ultranza en la línea Maginot. Las perspectivas pues eran poco aleccionadoras. Nosotros no dudábamos de que el país sería invadido, ocupado y sometido a esclavitud por la raza «superior». El sambenito de rojos que ya nos había colgado la gendarmería de París no prometía nada bueno en una Francia nazificada. El trasatlántico navegaba Mediterráneo abajo. Vimos confusamente la costa catalana. Los ojos se nos humedecían, y alguno murmuraba inevitablemente la primera estrofa de *L'Emigrant*. En el estrecho nos cruzamos con la escuadra inglesa que por el momento aún hacía la vista gorda [...] El *Florida*, sin bandera, sin insignia, ni señal visible, pintado de un azul marino oscuro, avanzaba a toda máquina escoltado por dos destructores franceses. Por la noche íbamos sin luz y no se permitía fumar en los puentes. El pasaje se

hallaba formado por una decena de catalanes y una centena de judíos europeos. Todos huían de Hitler y compañía.

Hitler... y compañía. Una de las paradójicas consecuencias de la derrota de los países del llamado socialismo real y el consiguiente desprestigio (al menos durante unos años) del análisis social de inspiración marxista, fue que el fenómeno del nacional-socialismo dejó de ser considerado como la manifestación en un país concreto (Alemania para el caso) de un recurso general del orden económico que, amenazado por el bolchevismo, percibía que la democracia ya no garantizaba sus intereses; dejó de ser contemplado en términos racionales y pasó a ser visto como un fenómeno... alemán, casi genuinamente alemán; la manifestación de un rasgo del carácter de los alemanes. En ausencia de razones explicativas, comunes a otros fenómenos, es decir, haciendo abstracción de sus causas sociales, el nazismo se erigía en fenómeno *absoluto*.

Restringida así la calamidad a una de sus proyecciones, es lógico que la «compañía» de Hitler (Pétain, Franco o el siniestro fascista belga Leon Degrelle) a la que se refiere Pere Quart en *Correndes d'exili*, quedara de alguna manera relegada. Ni qué decir tiene, no debía ser este el sentimiento de los pasajeros del *Winnipeg* o del *Florida* y, máxime, del propio Joan Oliver, que de haber permanecido en Francia hubiera tenido (como fue el caso de muchos otros refugiados españoles) tantas razones para temer a la policía de Pétain como a la alemana.

Se me permitirá una observación sobre el poeta que enlaza con uno de los temas centrales de este libro. Yo siempre lo percibí como marcado sobre todo por el compromiso de la defensa de su tierra, casi haciendo simbiosis con su lengua. Pero el también poeta catalán Narcís Comadira (contraponiendo la poesía cargada de inteligibles referencias al presente de Joan Oliver a la poesía intemporal y hermética de Salvador Espriu) lo consideraba un compañero de viaje de los comunistas catalanes del PSUC⁸. Quizá, pero también compañero de viaje de España. Y que hubiera sido meramente